

HISTORIA, MITO, MEMORIA: ARMAS DEL PRESENTE Y PILARES DE IDENTIDAD

Joanne Rappaport, *La Política de la Memoria. Interpretación Indígena de la Historia en los Andes Colombianos*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca-Serie Estudios Sociales, 2000. Traducción de José Ramón Martín. Pp:260.

Entre 1978 y 1982 la antropóloga norteamericana Joanne Rappaport visitó la región del Suroccidente colombiano con el propósito de llevar a cabo una investigación sobre la concepción del espacio sagrado de una comunidad indígena. Su objeto de estudio: los paece, hoy conocidos como Nasa nombre que apela a una reivindicación identitaria ancestral.¹ De acuerdo a Rappaport remitirse al estudio de una comunidad indígena, exige que el ejercicio se haga bajo una mirada de carácter «totalizante», en gran medida por la estructura misma del pensamiento y la cosmovisión indígena. En tal sentido, Rappaport, presenta una historia intelectual de los Nasa desde la etnografía, donde las principales preocupaciones son: ¿Cómo se desarrolló el pensamiento histórico de los Nasa?, ¿Cómo se ha construido la compleja red de recuerdos que adhieren a los Nasa con el territorio Caucano?, ¿Cuál ha sido el rol de los intelectuales e historiadores indígenas en la sociedad Nasa? y ¿Cómo se establece la relación entre historia, memoria, política, territorio y lucha social? El resultado de la investigación tuvo su primera versión en inglés en 1990, y fue editado por The Cambridge University Press, es el mismo trabajo que diez años después se publica en español.

Los objetivos se centraron en: examinar los factores políticos, sociales, económicos tanto internos como externos a los Nasa, que coadyuvaron a definir el pensamiento indígena y que han procurado una serie de símbolos históricos que proporcionan identidad y pertenencia a la comunidad. Observar y analizar, la forma en que ese arsenal simbólico fue el medio empleado por los indígenas para oponerse al etnocidio y a las políticas de la sociedad «mayor» que los veía como una amenaza por estar organizados como grupo; explorar el proceso por medio del cual la «verdad histórica» se transforma en «verdad legal». Estudiar tres intelectuales Nasa, que descolonizaron el pensamiento indígena a través del lenguaje y concepciones del mundo que facilitaron la construcción de una historia propia acerca del proceso de dominación colonial. Asimismo, Rappaport se inclinó por analizar la manera en que el pensamiento de «intelectuales indígenas», como Juan Tama, Manuel Quintín Lame y Juan Niquinás, influyó el comportamiento y el pensamiento de hombres políticos más recientes, siendo el caso de Alfonso Peña (constituyente), Jesús Piñacué (concejal y congresista) y al padre Alvaro Ulcué (líder local que puso en marcha la Comisión Regional de Planificación dirigida por miembros de la comunidad Nasa).

Estos objetivos tenían todos un único fin: reconstruir la forma en que fue

¹ En lo sucesivo, seguiré refiriéndome a los paece bajo la denominación Nasa, elección que fue efectuada por la autora para la versión en castellano de su tesis doctoral. El nombre Nasa alude al mito fundacional que cataloga a la comunidad páez como los hijos de la Estrella.

transmitido el conocimiento sobre el cacique Juan Tama, teniendo en cuenta las condiciones políticas bajo las cuales diferentes historiadores Nasa se apropiaron de su biografía para forjar y legitimar la identidad y la pertenencia de la comunidad. En este sentido, Rappaport demuestra que la apropiación de la biografía de Tama fue el utensilio de lucha social, política y cultural de los Nasa frente a occidente; una batalla cuyo objetivo principal fue la búsqueda del reconocimiento político y el de su identidad indígena, en la cual el pensamiento histórico jugó un papel trascendental. En su argumentación, Rappaport señala que «estudiar la cosmología Nasa es estudiar [las] tácticas de resistencia»² de la comunidad indígena frente al control que occidente ejerció y ejerce sobre ellos.

En primera instancia, Rappaport presenta sus tres personajes, Juan Tama cacique que vivió durante el siglo XVIII, sobre quien recaen dudas referidas a su origen Nasa, se arguye que era miembro de la comunidad Guambiana, la más férrea rival de los Nasa. Sin embargo, la autora señala que Tama representó la centralización del poder indígena en el Suroccidente, situación que se produjo gracias al doble rol que tuvo dentro de la comunidad, fue al mismo tiempo intelectual y héroe cultural de la sociedad Nasa. El segundo personaje estudiado es Manuel Quintín Lame, quien curiosamente no hablaba lengua Páez (Nasa Yuwe) debido a que creció como aparcero en Popayán, fue soldado en Panamá durante la Guerra de los Mil Días y activista político fuertemente comprometido con la comunidad. El tercero, Julio Niquinás quien creció en El Cabuyo, trabajó por fuera de Tierradentro y fue secretario de Quintín Lame, a quien se vio vinculado no sólo por su mismo origen étnico sino por haber compartido una estancia en prisión. Los tres personajes, son calificados por Rappaport como intermediarios culturales entre la comunidad Nasa y la sociedad occidental, arguye que estos «intelectuales indígenas» usaron el pasado mítico y la historia escrita como un arma en defensa de los derechos jurídicos de los Nasa y para acceder al poder, tanto en la esfera local como en la nacional.

Con lo anterior, Rappaport da cuenta de las diversas formas en que se produce la expresión histórica Nasa, clarifica cuál es la naturaleza intelectual de las actividades desarrolladas por los historiadores indígenas seleccionados en su estudio, contextualiza históricamente los diferentes ejemplos de interpretación del pasado en el seno de la comunidad, identifica las realidades políticas que influyeron en los contenidos de las narraciones históricas, muestra la manera en que dichas realidades políticas en una relación dialéctica con el conocimiento histórico, transmitido tanto por la tradición oral como por los documentos escritos, se retroalimentaron y coadyuva a consolidar una horma de poder de oposición al instaurado en occidente.

La revisión de fuentes implica dos niveles, el primero cubrió documentos escritos que contemplan los títulos coloniales de resguardo, los tratados políticos de Quintín Lame y las interpretaciones de la historia contemporánea realizadas por Julio Niquinás; el segundo nivel se ocupa de la tradición oral. Gracias a esta articulación entre lo escrito y lo oral, Rappaport se percata de la importancia que tuvo el siglo XIX para los Nasa; sostiene que en este período la comunidad Nasa encontró un punto

² Joanne Rappaport, *La Política de la Memoria*, p. 17

de quiebre entre el pasado colonial, caracterizado por la sumisión y la subordinación al orden hegemónico, y la construcción de un futuro contra-hegemónico caracterizado por la resistencia que implica la lucha por la tierra y la movilización social. De esta forma, los Nasa consolidan y legitiman su historia en el siglo XIX, dando inicio a una fuerte actividad política en la que los líderes indígenas recurren a la memoria y a la elaboración de su historia para concretar su actividad y compromiso político. Así el siglo XIX constituye la piedra angular de gran parte del actual imaginario Nasa, en el que la reivindicación y la lucha por el reconocimiento en el escenario público de la sociedad occidental, se ha traducido en la Constitución de 1991. Este último aspecto demuestra no sólo la existencia de intelectuales indígenas, también indica los alcances de su círculo de influencia en la estructura sociopolítica colombiana.

Teniendo en cuenta lo anterior, el nudo central del trabajo, sostiene que en el seno de la comunidad Nasa existe una suerte continuidad en las concepciones del mundo y en el pensamiento indígena desde la época de preconquista hasta el siglo XX, que equivalente a una continuidad de orden cultural, donde las estructuras del imaginario andino Nasa no se ha modificado drásticamente. Paralelo a ello, Rappaport arguye que frente a esa continuidad se ha desarrollado una construcción consciente por parte de los intelectuales e historiadores Nasa de su propia historia, aspecto que mas bien es una discontinuidad cronológica cuyo principal objetivo ha sido la búsqueda de cohesión social, cultural y política que posibilitara incurrir en el reclamo de los derechos de propiedad sobre el territorio correspondiente a la bota caucana. En suma es posible calificar el estudio de Rappaport como un trabajo que se ocupa del problema del poder político en la larga duración; donde continuidades y discontinuidades hacen parte de un mismo arsenal cognoscitivo.

Son dos los aspectos relevantes y polémicos de éste trabajo; el primero radica en el tratamiento teórico metodológico que Rappaport le otorga al problema de investigación, en el que cruza variables etnográficas e históricas que apuntan a la elaboración de un estudio etnohistórico preocupado por renovar la definición que se ha dado a la relación «Historia vs. Mito». Rappaport se aleja de la concepción clásica centrada en la dicotomía «sociedades frías» vs. «sociedades calientes», en su argumentación, la antropóloga desmonta esta tradición y demuestra que una sociedad en la que la tradición oral y el mito son piezas angulares [ara la construcción de la memoria colectiva no debe ser considerada como una sociedad *ahistórica*. Según el criterio de la autora, el debate se ha centrado en discusiones «bizantinas» en las que los antropólogos han marginado la idea de una experiencia histórica.

El segundo, lo constituye la introducción de una idea de «intelectualidad indígena». Para muchos lectores la designación es un impropio en sí mismo, ya que arguyen que un intelectual que no haya sido formado formalmente y que no pertenezca a los círculos académicos occidentales tradicionales no puede ser catalogado como tal. El argumento se escuda en la doble idea de que el *conocimiento* es único, verídico y objetivo, por otra parte, se cree implícitamente que en el conocimiento mítico, caracterizado por la circularidad temporal que permite la reinención del pasado, y en el lenguaje metafórico, según el cual la narrativa mítica tiende a ser más bien literaria y por consiguiente subjetiva. Según los más ortodoxos, estas características hacen

que la tradición oral sea considerada un oponente radical de escritura, y en consecuencia se crea el prejuicio teórico metodológico que separa tajantemente historia y memoria; separación que en el trasfondo alude a considerar la primera como el símbolo de lo que es moderno y civilizado y la segunda como el estandarte de lo atrasado y bárbaro. La actitud, simplemente demuestra que nuestra sociedad en términos amplios es clasista, racista y excluyente; donde suele menospreciarse el conocimiento que no quepa dentro del anaque de la «racionalidad moderna». Estamos ante una sociedad donde lo indígena suele mimetizarse bajo el paliativo de mestizaje, en la que la historia no re piensa como un arma sociopolítica que garantice la existencia de la organización social, sino como el conocimiento garante de una estructura hegemónica de dominación.

Son varios los elementos novedosos de este trabajo. Primero muestra que el poder político es una construcción intelectual en la larga duración, para ello expone el caso de Juan Tama, quien a pesar de su origen Guambiano se convierte en el centro del poder político de los pobladores indígenas de a bota caucana. Segundo, este se configura como una lección sobre el compromiso político de la historia desde el mundo Nasa donde se sostiene: «La historia es una cuestión de poder en el presente y no una reflexión aislada sobre el pasado. Puede servir para conservar ese poder o como un medio para alcanzarlo».³ Tercero, se trata de una invitación a reflexionar sobre la naturaleza de la historia, y en si sobre el las nociones de conocimiento que nos rodean.

Finalmente, Rappaport logra su cometido pues demuestra que la formación de una identidad cultural y política así como los sentidos de pertenencia a un territorio, se efectúan con el uso recurrente de la memoria, la historia y el pensamiento mítico tres ejes que articulados se convierten en armas del presente y pilares de la identidad sociopolítica y cultural de una sociedad, en este caso, la comunidad Nasa. Dado que En su argumentación, Rappaport no se limita a cuestionar los principios teóricos tradicionales de la antropología, sino que indica el valor de la historia como un recurso político extremadamente útil, a través del cual se crean diversos tipos de mitos sobre una sociedad. En el caso de los Nasa el mito lo forja occidente al catalogarlos como un grupo peligroso, foco de subversión y guerrilla, simplemente porque se han organizado desde el siglo XIX como un grupo sociopolítico que lucha por sus derechos y ante todo por el reconocimiento político.

Sonia M. Jaimes
Estudiante Maestría de Historia

³ Joanne Rappaport, *Op. Cit.*, p.44